

January 2006

## El Método Socrático en la educación superior

Jorge Eliécer Martínez P.

*Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Martínez P., J. E. (2006). El Método Socrático en la educación superior. *Revista de la Universidad de La Salle*, (42), 86-91.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# El Método Socrático en la educación superior

Jorge Eliécer Martínez P.\*

«- Sócrates - Cuando se pregunta a los hombres, y se les pregunta bien, responden conforme a la verdad.»

PLATÓN

Toda cultura que alcanza cierto desarrollo le urge hacer uso de la educación para asegurar a la posteridad una herencia cultural. La educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y trasmite su peculiaridad física y espiritual.

El hombre puede propagar y conservar su forma de existencia social y espiritual mediante las fuerzas por las cuales las ha creado, es decir, mediante la voluntad consciente y la razón. El hombre, crea condiciones para el mantenimiento y la transmisión de su ser y exige organizaciones físicas cuyo conjunto denominamos educación. En la educación, tal como la practica el hombre, actúa la misma fuerza vital, creadora y plástica, que impulsa espontáneamente a toda especie viva al mantenimiento y propagación de su tipo (Jaeger, 1985: 3).

La educación no es una propiedad individual, sino que pertenece, por su esencia, a la comunidad. El carácter de la comunidad se imprime en sus miembros individuales. La estructura de toda sociedad descansa en las leyes y normas escritas o no escritas que la unen y ligan a sus miembros. Así, toda educación es el producto de la conciencia viva de una norma que rige una comunidad humana, lo mismo si se trata de la familia, de una clase social o de una profesión, que de una asociación más amplia, como una estirpe o un estado.

La educación participa en la vida y en el crecimiento de la sociedad, así en su destino exterior como en su estructuración interna y en su desarrollo espiritual, de ahí que se haga de todo punto necesario partir de un nuevo concepto y de un nuevo enfoque en educación. Este nuevo enfoque lleva a redirigir el sistema educativo, desde los planteamientos didácticos que se utilizaban, sobre todo a los profesores, a las materias a estudiar y a su didáctica, redirigir el sistema educativo desde estas perspectivas hacia la persona que se educa aprendiendo.

El estudiante es el protagonista de su aprendizaje, él es el fin de toda educación. Los materiales a aprender y la metodología empleadas a tal efecto son solo medios, vehículos al servicio del desarrollo y del crecimiento del estudiante. Lo que en verdad importa es sujeto que aprende y no tanto lo que se aprende. Las materias curriculares deben estar al servicio del estudiante y no viceversa. A través de estas materias curriculares (entre otros factores importantísimos) el estudiante “crece”, desarrolla sus potencialidades, se hace.

\* Licenciado en Filosofía USB, Magister en Desarrollo Educativo y Social. CINDE – UPN. Aspirante a Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. CINDE- U. Manizales. Ponencia presentada en el Foro Nacional de Filosofía 3 de noviembre. 2005 Universidad Pedagógica Nacional.

La educación es entonces, propiedad de la comunidad y sus individuos tienen necesariamente impresa características de esa colectividad. Es desde la comunidad dialógica donde se deslumbra la necesidad de una comunidad en construcción donde el quehacer educativo alcance su incidencia en los individuos y en la sociedad que la circunda.

Educación es igual a vida humana. El ser humano tiene la obligación de construir y recrear la realidad superando y actualizando los alcances culturales. Siendo así la educación es el medio para que el hombre asuma y elabore nuevas formas de vida.

La educación ha venido presentando un desfase entre lo que la sociedad demanda y necesita y lo que los sistemas educativos están ofreciendo. Tradicionalmente, el aula de clase es un espacio en donde el profesor dice y explica, esperando y necesitando la atención y el silencio de los estudiantes. El aula como sesión de clase, permanece cerrada, opaca a la investigación y a la sociedad.

El medio ambiente y la integración social desempeñan un papel fundamental en el desarrollo cognitivo, intelectual y afectivo del sujeto y constituye el único medio para acceder a ser individuos libres, responsables, demócratas, activos y capaces de construir una sociedad cada vez más justa.

Las ciencias humanas nos invitan hoy, de manera constante, a evitar situaciones de solicismo, a participar e incrementar los índices de comunicabilidad, a la inter y transdisciplinariedad, a abrir las puertas de la educación y de nuestras aulas al conjunto de la sociedad. Hoy, más que nunca, urge remodelar la estructura educativa de una clase tradicional en la utilización del diálogo en la clase para que este (el diálogo) sea capaz de transformar la experiencia educativa.

La actividad universitaria es por esencia una dinámica al interior de una tradición en donde los individuos y la sociedad construyen y reconstruyen sentidos en búsqueda del desarrollo.

Hoy más que nunca, dadas las características sociales, políticas y económicas del país, se necesita evaluar y reevaluar la visión educativa colombiana. Aquí la universidad juega un papel preponderante, determinante. El discurso pedagógico universitario no puede continuar al servicio de hegemonías, de partidos políticos, de grupos económicos, de intereses particulares. Urge romper los esquemas pedagógicos tradicionales y los sectarismos al nivel de políticas educativas.

Tampoco puede continuar manejando la concepción de que enseñar es únicamente transmitir conocimientos y que el aprendizaje se mide por la capacidad para memorizar y re-

producir. Se tienen que abrir los espacios para la crítica, la reflexión, el análisis, la construcción, deconstrucción y reconstrucción de sentidos.

El ser humano, a diferencia de otros seres y como resultado de su racionalidad, es un proyecto, necesita “hacerse”, “realizarse”, tanto en el ámbito personal como a escala social. Este quehacer vital es lo que denominamos educación.

Parece obvio, pues, desde estos presupuestos, que todo ser humano es un proyecto que necesita continuar hablando de educación para ser; y parece no menos evidente que después de muchos siglos de convivencia entre los distintos pueblos, es necesario, todavía, seguir hablando de educación. La humanidad no solo sigue sintiendo la necesidad de una educación sino, sobre todo, la necesidad de adecuar y transformar profundamente la que ha mantenido hasta ahora.

Es necesario entonces, diseñar principios pedagógicos, que permitan nuevas estrategias de procesamiento de información que le permitan al estudiante incrementar su capacidad de procrear, interpretar y sintetizar la información que requiere organizándola y transformándola en nueva información, en nuevo aprendizaje y donde el estudiante sea sujeto y agente de una educación que consiste en aprender a pensar por sí mismo, más que en almacenar contenidos. Un aprendizaje por descubrimiento, en diálogo y dentro de una comunidad democrática de búsqueda.

Uno de los principios fundamentales que debe contemplar un nuevo método es que solo se aprende en comunidad. Es con los demás, la mayoría de las veces, o contra los demás, otras, como cada ser humano aprende a ser uno mismo y a vivir con y contra uno mismo. Todo pensamiento, todo conocimiento y todo aprendizaje, alcanzan un sentido como procesos sociales, históricos y culturales.

El conocimiento se encuentra en estrecha dependencia de la calidad del pensamiento, pero el pensamiento necesita un contenido que sea pensado, de manera que tanto el pensar como lo pensado, el proceso como el contenido, se refieren a un contexto social y simbólico.

Se habla de aprendizaje significativo, pero es únicamente el estudiante quien lo adquiere y desarrolla, él es el único que puede saber qué aprendizaje es significativo para él y da sentido y significado a su vida, lejos del aprendizaje de la “repetición” en que nos hemos educado tradicionalmente. El significado no puede enseñarse, sino que cada ser humano debe descubrirlo por sí mismo, como señala Lipman (Calvo, 1994: 19).

En la educación “tradicional” lo que verdaderamente importa en la práctica diaria, no es la persona; lo importante, en

este tipo de educación son las materias a estudiar y el profesor, como expertos en las mismas. En la universidad se preocupan mucho de la formación de los profesores, así como de que estos aprendan muy bien el currículum de cada materia que hay que enseñar.

Es de difícil comprensión el que se enseñe sin conocer en qué consiste enseñar y mucho menos aprender; así mismo, causa estupor comprobar que la relación enseñanza-aprendizaje pueda realizarse sin que se conozcan los miembros entre sí.

Podría parecer que lo que está ocurriendo en muchas universidades debe ser algo distinto de lo que se llama educación y algo lejano de lo que se entiende por aprendizaje. En la práctica diaria, lejos de lo que enseñan los teóricos, el estudiante universitario es un vehículo, un medio por donde circulan las diversas asignaturas y a las que debe someterse. El estudiante continúa siendo un medio y no un fin. El fin es aprobar una asignatura, pasar de semestre, sacar formación profesional o una carrera universitaria. En este modelo de educación no se habla tanto de aprendizaje, como de enseñanza y de estudio.

Se requiere recuperar la confianza del sistema educativo en la persona del estudiante. Es él el que tiene que crecer, el que tiene que desarrollar sus potencialidades, el que tiene que construir, por medio de la educación, su personalidad, en su aspecto tanto individual como social.

El conocimiento es, a su vez, un proceso activo y no meramente receptivo. El conocimiento debe ser construido por el que conoce. El estudiante es un ser humano con capacidades que debe desarrollar, es un sujeto activo y no un ser "falto de", al que hay, por consiguiente, que "llenarle con". El estudiante es capaz de construir su propia vida, su propio conocimiento. El estudiante es un ser social que se hace "en" y "con los demás". Los estudiantes solo pueden construir su propio conocimiento a través del diálogo con los demás; es "en" y "por medio" de la comunidad como pueden llegarse a conocer a sí mismos y la realidad en la que vivimos. El conocimiento es una elaboración social.

Puede parecer un gran sinsentido la estructura, tanto interna como externa, de un aula tradicional en la que los estudiantes están pero no viven, ni pueden hacerlo en un ambiente de aislamiento pedagógico. Cada estudiante va "a lo suyo" y poco puede importarle lo que hagan los demás. Son mónadas situadas cada una en su lugar en el aula, sin contacto con los otros, sin algún tipo de comunicación.

Según Ortega (Calvo, 1994: 22) los científicos sintieron la necesidad de crear la ciencia, por que necesitaron averiguar algo para sus vidas. El estudiante universitario se encuentra con la necesidad de estudiar las ciencias de forma impuesta y no llega a sentir la necesidad vital, creadora del científico. Encuentra la ciencia ya hecha y no tiene necesidad de crearla.

La necesidad que tienen hoy los estudiantes no es la de hacer ciencia, de colaborar en el saber o en la búsqueda de la verdad, sino que su verdadera necesidad educativa se reduce a aprobar un área o a sacar unos estudios.

La universidad como comunidad educativa debe construir la comunidad de aprendizaje. Si se desea construir un aprendizaje, es preciso contar con la comunidad en la que se enmarca éste. Es desde este marco donde el aprendizaje recobra su sentido, es dentro de la comunidad educativa donde los estudiantes encontrarán el sentido del aprendizaje de sí mismos y de la realidad.

Buscando estrategias y herramientas que posibiliten esta concepción de educación y aprendizaje nos encontramos con un método antiguo, pero vigente que permite la viabilidad de estos postulados de una comunidad educativa que construye, deconstruye y reconstruye conocimiento significativo: el método mayeútico o dialéctico.

Sócrates utiliza la dialéctica como uno de los procedimientos más frecuentes de su método de enseñanza y mediante la interrogación a partir de la ironía confronta a sus discípulos. Etimológicamente, ironía del griego (*eironeia*) es sinónimo de ficción, de simulación: el arte de desempeñar un papel. Frente a los sofistas o a la juventud arrogante, Sócrates finge, se hace el ignorante ("sólo sé que nada sé") y pide se le ilustre. Esto lleva a inducir a sus interlocutores que ellos saben menos aún que él. Interrogatorios dulcemente corteses, pero sin piedad, hacia la meta prefijada.



Este método sutil –aun cuando las conclusiones parezcan negativas– es un arma poderosa. La ironía se completa con la mayéutica o arte de comadrona de los espíritus, procedimiento por el cual Sócrates –con sus hábiles interrogaciones, refutación e investigaciones– espolea a los interlocutores, les hace encontrar lo que ellos mismos tienen en el espíritu, dándolos a la luz de su propio pensamiento.

El hombre corriente ateniense de la época socrática es un sujeto que se movía en la vida con unas cuantas verdades corrientes, heredadas y los más difíciles enigmas del mundo y la existencia les resultaban claros y explicable: una creencia religiosa o sencillamente un proverbio, bastaban para que supiera lo que había que saber. Domina, por tanto, el ambiente una atmósfera de verdades religiosas tradicionales y oficialmente reconocidas.

En Sócrates la *Ironía* se mezcla con la cortesía cuando éste extrema su *modestia* hasta decir que él es lento y gárrulo y que no llega a poner en claro las cosas. El alcance de la *Ironía* o *modestia* socrática se hace patente una vez que en el descubrimiento de la verdad nos encontramos ante la siguiente alternativa: o llegamos a alcanzarla o, por el contrario, nos debemos convencer de que *no sabemos lo que ignoramos*, y esto no sería, en verdad, un premio despreciable de nuestro trabajo.

Tal es el fundamento del famoso *sólo sé que no sé nada*, la afirmación socrática más concluyente e indubitable, resultado de una fundamental desconfianza. Y es que si Sócrates discute siempre para descubrir si efectivamente sabe o no, es porque no quiere hacerse ilusiones de que sabe algo cuando nada sabe. Por todo ello, con una modestia que es la más firme base de todo método de conquista de la verdad, grita Sócrates: *Atenienses que me escucháis; no sé nada, y ante vosotros me presento desnudo y sin los adornos de una mentirosa certeza* (Platón, s.f.: 15).

Además, la *ironía* o *modestia* socrática es grande en cuanto que por ella se traza *límites*. Así no incurre en la insensatez de discutir de todo como por principio hacían los sofistas. Conservó un afán tan grande de saber que la apariencia de sabiduría en los maestros –sabelotodo– le parecía mera elocuencia. En este sentido, la ironía socrática presentaba también un afán de sinceridad que la deja de todo culto a las meras apariencias.

La ironía se completa con la mayéutica (del griego *maieumai*: hacer de comadrona) (Briceño, s.f.: 513): el arte de comadrona de los espíritus, procedimiento por el cual Sócrates –con sus hábiles interrogaciones, refutación e investigaciones– fustiga a los interlocutores, les hace encontrar lo que ellos mismos tienen en el espíritu, dándolos a la luz de su propio pensamiento. Exige el ejercicio de la razón propia,

desprecio de lo meramente opinable (*doxa*), y búsqueda rigurosa que lleve al sujeto a sacar a la luz la verdad.

Todo el secreto está pues en *preguntar* bien. Quien pregunta bien, es decir, quien práctica el *dialogo mayéutico*, descubre la verdad que está dormida en la mente de cada hombre y se acerca a la razón que existe por sí misma. En este preguntar dialéctico, los interlocutores de Sócrates le siguen a gran distancia y, muchas veces turbados cuando alguien contradice y suscita de nuevo dudas o dificultades, se lanzan de nuevo a la zozobra de la inseguridad y la búsqueda (Platón, s.f.: 423). Por su parte, Jenofonte afirma que la mayéutica era practicada por Sócrates no únicamente para ayudar a los demás a parir sino también, y en primer lugar, por el deseo socrático de satisfacer su amor (*eros*) a la verdad, su pasión intelectual.

La mayéutica está arraigada, pues, en lo más hondo del pensamiento socrático. No era ella un método para arrancar opiniones de sus interlocutores, ni menos imponerles él sus propias ideas que se le hubieran ocurrido en solitario, sino que modestamente aspira a sacar a luz la verdad que se produce naturalmente en el seno de la razón humana. Ahora bien, esta operación, como la medicina obstetricia, tiene su parte de magia y Sócrates se compara también en este aspecto con las parteras.

La mayéutica no es en Sócrates un puro elemento racionalista, sino un elemento íntimamente unido a la creencia en multitud de misterios de la Grecia y la Atenas de su época. *Yo no sé nada y soy estéril, pero te estoy sirviendo de partera –le dice a Teeteto–, y por eso hago también encantamientos hasta que des a luz tu idea*. Sócrates sabe que las ideas que llega a descubrir no son suyas ni es él solo quien consigue alcanzarlas. Fuerzas misteriosas e incontrolables están también en él presentes. Por todo ello, la existencia de los otros, el diálogo con ellos, el uso libre de la *razón* y la ayuda de las fuerzas *misteriosas*, pueden permitirnos *sacar a luz* el contenido admirable de la *verdad*.

Sócrates afirma “¿No sabéis que me dedico al mismo arte que mi madre? No se lo digáis a nadie, porque nadie sabe que yo tengo estas mismas habilidades de, estando yo estéril, servir de partera a quién está embarazada. Además, las parteras son las mejores terceras, pues entienden con qué hombre podría cada mujer engendrar mejores hijos. Y así como recolectar frutos corresponde al mismo arte que sembrarlos, así la *tercería* es del mismo que la mayéutica. Ahora que mi trabajo es más difícil que el de una partera, pues las mujeres no pueden parir sino verdaderos hijos, mientras que mi mayor trabajo es el de distinguir si lo que han dado a luz mis interlocutores es verdadero o no, realidad o apariencia. Yo soy nada más un luchador por la sabiduría, y ya me suele la gente echar en cara que no hago sino preguntar, sin descu-

brir nada sabio, porque me dicen que no sé nada. Los que conmigo hablan, al pronto parece que no saben nada; pero en la conversación dan a luz cosas sorprendentes, gracias a un arte mayéutica en la que yo y algún dios tenemos parte. Los que no sostuvieron bastante mi conversación abortan prematuramente. Esto les ha pasado a Aristides, hijo de Lisímaco, y a otros muchos. Algunos de ellos vuelven a mí, pero depende del demonio que anda conmigo el que yo pueda o no servirles”.

El *logos*, el razonamiento es sentido por Sócrates no como un instrumento, sino como una realidad que se impone a la mente y la arrastra. Expresiones como *la razón nos guía, la razón nos arrastra, los argumentos nos pueden forzar, vayamos por donde el razonamiento, como el viento nos empuja* (Platón, s.f.: 464) demuestran claramente esta vivencia socrática.

El *logos* es sentido, por tanto, por Sócrates como una realidad autónoma, superior al que razona, el cual solo así, mediante el razonamiento, se pone maravillosamente en contacto con un mundo más alto. Sócrates siente que posee en su interior una fuente de revelación, una llave, el ejercicio del *logos*, que le franquea las puertas de un mundo superior donde las cosas ya no son medianas, como el mundo de la realidad. Y es que lo que esta revelación interior nos entrega es la verdad misma, la verdad una, que se opone así, de la manera más terminante, a la verdad múltiple, varia, personal, caprichosa, de los sofistas, y también a la realidad fluyente de Heráclito.

No es fácilmente comprensible para nosotros (un poco hartos y de vuelta sobre el papel de la razón) el asombro, el entusiasmo, el deslumbramiento que en las gentes del siglo V despertaba el uso de la razón. Dialogar con Sócrates era *como asistir a una fiesta o fantasmagoría, a un teatro extraordinario que nunca había sido contemplado hasta ahora por el ser humano*. La consecuencia era que el sereno ejercicio de la razón producía una verdadera embriaguez. Es la mayéutica un método de redescubrimiento basado en la actividad mental de la comunidad educativa, en este caso del estudiante, pero esta actividad está estrechamente dirigida por el maestro. Es el maestro quien conserva siempre la iniciativa y su discurso es preponderante. Es Sócrates el que habla sin cesar, desarrolla un razonamiento y despliega sus frases, el otro solo se deja conducir, puntuando aquí y allá el discurso con afirmaciones dóciles. Él debe conservar continuamente la iniciativa del diálogo, no puede jamás confiar su conducción a su interlocutor ni siquiera puede cederle la palabra pues, en este caso, el desdichado estaría en peligro inminente de introducir todos sus errores, de los que se espera purgarlo.

A pesar de las imperfecciones que pudiera tener, este sistema sirvió de modelo a los métodos que se deseaba fun-

damentar en la actividad del estudiante, sin dejar de atribuir al maestro la iniciativa, la responsabilidad total y, por tanto, la organización de su enseñanza. Constituyen un método analítico-sintéticos, de los que se puede desprender el modelo teórico siguiente: se analiza el contenido global para encontrar las preguntas que pueden provocar la toma de conciencia de ese contenido. Estas preguntas se plantean en un orden apropiado para que sugiera la construcción progresiva de las nociones mediante la sucesión de las respuestas obtenidas. Cada una de estas respuestas se analiza «rápidamente» en cuanto se da y la respuesta siguiente se elige en función de la respuesta obtenida. Hay una interacción entre el interrogatorio y la organización progresiva del pensamiento del estudiante, el orden mismo de las preguntas que se le formulan sugiere o suscita sus propias representaciones mentales y por medio de una acción en retroceso la expresión del pensamiento determina su representación mental.

En el mejor de los casos, los contenidos son formulados por el estudiante pero se los sugieren las preguntas que le hace el maestro, por ello se considera al método dialogal o mayéutico el modelo primitivo de los métodos coactivos. En la forma que acabamos de analizar, este método fue muy apreciado en las pedagogías orientadas hacia la actividad del estudiante, hasta que la psicología vino a plantearnos otros problemas y a ofrecernos otros recursos para resolverlos.

No se trata en la mayéutica de aprender algo nuevo sino de recordar lo que se sabe implícitamente redescubriéndolo, reconstruyéndolo, reconceptualizándolo y que la función dialógica hace explícito. En Sócrates la actividad tenía que ver con el conocimiento de sí mismo como medicina del alma.

De ahí que la filosofía para Sócrates no es solo una práctica docta, un entrenamiento de manuscrito, una manera de preguntarse sobre los trabas del mundo; es también una manera de acceder al *conocimiento de sí mismo*. Entendemos por “conocimiento de sí mismo” una práctica donde el sujeto trata de hacerse a sí mismo a partir de un *saber* determinado (Foucault, 2002: 21). La *epimeleia heautou* y en latín la *Cura Sui* lo que en terminos nuestros es conocido como “*ocuparse de sí*” “*conocimiento de sí mismo*” fue asumido por Sócrates es lo que en su estudio sobre las prácticas antiguas desarrollado por Foucault a denominado *inquietud de sí*. Precisamente Foucault presenta a Sócrates como el maestro de la inquietud de sí al retomar sus diálogos y de manera especial la Apología “En la apología, lo vemos presentarse a sus jueces como el maestro de la inquietud de sí. Él es quien interpela a los transeúntes y les dice: Ustedes se ocupan de sus riquezas, su reputación y sus honores; pero no se preocupan por su virtud y su alma. Sócrates es quien vela para que sus conciudadanos se preocupen por sí mismo” (Foucault,



2002: 467). En la enseñanza de la filosofía se ha privilegiado una tradición académica, y se ha reducido al mínimo el de ser una práctica referida a sí mismo.

En las universidades los filósofos reflexionamos sobre el saber acumulado, solo en muy pocas ocasiones reflexionamos sobre acontecimientos que nos interroguen en la contingencia histórica en la que estamos inmersos y nos hace ser lo que somos, es decir, el preguntarnos por quiénes somos – y el propiciar la pregunta– en tanto que sujetos en el aquí y el ahora. Sujetos que estamos inmersos en mallas de poder y, por lo tanto, no escapamos a la compleja situación estratégica en la sociedad (Foucault, 1994: 348).

La filosofía se ocupa de los problemas fundamentales del hombre, y solo de manera accidental de los problemas de las disciplinas filosóficas. Sin embargo, aunque la filosofía se ocupa de los problemas fundamentales del hombre a la mayoría de los hombres no les interesa la filosofía quizás porque la filosofía cayó en el olvido de lo fundamental y se entregó a la historiográfica, al manejo y al manoseo de los conceptos para lustrarlos y lucir con ellos, y no como acontecimientos que cuestionen su propia contingencia. Al respecto, Camus (1963: 13) expone el problema o misterio fundamental de la filosofía y, por ende, del filósofo “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: Juzgar que vale o no vale la pena

vivir la vida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el mundo tiene nueve o doce categorías viene a continuación”.

A modo de conclusión, la enseñanza de la filosofía en el ámbito universitario no debe escapar al conocimiento de sí mismo, en la búsqueda de una constitución estética del individuo como práctica reflexiva de la libertad. De ahí que se precise de una enseñanza de la filosofía que como Sócrates interrogue a los discípulos y los cuestione como es el caso de Alcibiades que buscaba ser político y dedicarse a las cosas de la ciudad, cuando en palabras de Sócrates no se preocupaba de sí mismo. Por lo tanto, para llevar a cabo este cometido hay que trazar pautas flexibles

para conducir al estudiante al hábito de *ocuparse de sí mismo* y, no meramente, ocuparse de contenidos.

Voy a terminar este escrito con un cuestionamiento puntual, que implica el papel educativo y político del filósofo en la universidad ¿Por que el filósofo de hoy en la universidad no es un tábano y su modo de reflexión no es un peligro para la salud mental?

## BIBLIOGRAFÍA

- Calvo, J. Educación y filosofía en el aula. Barcelona: Paidós, 1994.
- Camus, A. *El mito de Sísifo. Ensayo sobre el Absurdo*. Tucumán: Losada, 1963.
- Foucault, M. “¿Qué es la ilustración?”. *Estética, ética y hermenéutica*. Obras esenciales Volumen III. Barcelona: Paidós 1994.
- . *La Hermenéutica del sujeto. Curso en el Collé de France (1981-1982)* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 2002.
- Jaeger, W. *Paideia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Platón. *Diálogos*. Madrid: Gredos, 2002.
- . *La República*. Barcelona: Alianza editorial, 1993.